TUCAN 10+

La lectora de mentes

CÉSAR MALLORQUÍ

Ilustraciones de Sergio García

edebé

La lectora de mentes

CÉSAR MALLORQUÍ

La lectora de mentes

Ilustraciones de Sergio García

edebé

© Texto, César Mallorquí, 2021
© Ilustraciones: Sergio García, 2021

© Ed. Cast.: Edebé, 2021
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Diseño de la colección: Book & Look

1.ª edición, octubre 2021

ISBN: 978-84-683-5359-3
Depósito legal: B. 10143-2021
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. La asombrosa cabeza de Olivia 7
2. Patrulla X 19
3. El chico prodigio 43
4. El monstruo 65
5. La mujer asustada 81
6. El encuentro 99
7. El ogro y el caballero andante 117
8. La oscuridad y la luz 133
9. La superniña 151
10. La chica X 157

1

La asombrosa cabeza de Olivia

Olivia tenía cuatro años cuando leyó, por primera vez, la mente de su madre. Fue durante una bonita mañana de primavera, en el parque cercano a su casa; Olivia estaba jugando con su muñeca favorita, mientras su madre, sentada en un banco a su lado, leía un libro. De pronto, la mujer alzó la mirada, contempló el macizo de flores que crecía cerca de ellas y pensó:

Qué rosas tan bonitas. Y qué bien huelen...

Olivia la estaba mirando y vio que no movía los labios; sin embargo, escuchó con claridad la voz de su madre en el interior de su cabeza. No le extrañó; cuando se tienen cuatro años, hay pocas cosas que te extrañen. A fin de

cuentas, para una niña tan pequeña todo en el mundo es nuevo, así que no le pareció raro oír hablar a alguien que no había hablado.

Pero era raro. Mucho.

A partir de ese momento, el poder de Olivia iba y venía. Al principio, solo podía «oír» los pensamientos de su madre, aunque no siempre; a veces sí, a veces no. Luego, al cabo de unos meses, comenzó a «leer» la mente de su padre, del mismo modo, intermitentemente.

Cuando cumplió cinco años sucedieron varias cosas. La primera, que nació su hermanita Sofía. Olivia estaba confusa; por un lado, le hacía ilusión tener una hermana, pero por otro le molestaba que sus padres le prestaran tanta atención a la recién llegada. Se sentía un poco abandonada; antes era la reina de la casa y ahora aquel bebé gordito y sonrosado le había arrebatado el trono. Sin embargo, al «explorar» las mentes de sus padres comprendió que su amor por ella no había disminuido; solo se había ampliado a otra persona. Y eso la tranquilizó, permitiéndole aceptar al

nuevo miembro de la familia sin sentirse celosa ni abandonada.

La segunda novedad fue que aprendió a leer. Desde hacía mucho sabía que los extraños signos que había en los libros, o en los periódicos, o en los rótulos y carteles que poblaban las calles, eran en realidad palabras. Y le daba mucha rabia no poder entenderlas, así que le pidió a su madre que le enseñara.

—Aún eres muy pequeña, Oli —le respondió—. El año que viene, cuando vayas a primaria, te enseñarán.

Pero para Olivia un año era una eternidad, de modo que decidió aprender por sí misma. Cuando su madre o su padre leían, ella se metía en sus cabezas, veía a través de sus ojos las palabras escritas y «escuchaba» sus pensamientos mientras descifraban el texto. Así fue como aprendió a leer: leyendo la mente.

En tercer lugar, el poder de Olivia creció poco a poco. Cada vez podía leer los pensamientos durante más rato; y, aún más importante, comenzó a «oír» las mentes de otras perso-

nas, aparte de las de sus padres. La primera fue la de la señorita Marisa, su maestra en la escuela infantil. A ella la siguieron las mentes de los niños de la clase. Luego, todo el mundo.

Entonces Olivia descubrió algo: la mente de cada persona tiene un «olor», o un «sabor», o un «sonido» o un «tacto» distinto. Por desgracia, los idiomas no cuentan con las palabras necesarias para describir la huella mental de los cerebros, su aura, porque los humanos normales no pueden percibirla, así que Olivia tenía que recurrir a imágenes y metáforas.

La mente de su madre era como el olor a hierba recién segada. La de su padre, como el crepitar del fuego en una chimenea. La de su maestra, como acariciar terciopelo. Las de los niños muy pequeños, como zumbidos de abejas. Había mentes que eran como el trueno, o como un arroyo tranquilo, o como el aroma del pan recién hecho, o como el tacto del cuero... Pero también había mentes que olían mal, mentes que eran ásperas como la lija, mentes que la ponían triste o le daban miedo.

Sin embargo, nunca encontró nada tan horrible y nauseabundo como cuando, muchos años después, captó la mente del monstruo.

* * *

Al principio, Olivia no le dijo a nadie que leía los pensamientos. Suponía que todo el mundo podía hacerlo, así que ¿por qué decirlo? Pero luego comenzó a sospechar que no todos tenían esa capacidad. A veces, respondía a la pregunta de alguno de sus padres antes de que la formulase en voz alta, y captaba en sus mentes que eso los desconcertaba. «Qué niña más intuitiva», pensaban; o bien se la quedaban mirando extrañados y sorprendidos, sin saber qué pensar. En cierta ocasión, su padre pensó: «Parece como si tuviera telepatía».

Telepatía. Olivia no conocía esa palabra, así que entró en Internet y la buscó con Google: *Fenómeno que consiste en la transmisión de pensamientos entre personas, generalmente*

distantes entre sí, que se produce sin intervención de los sentidos o de agentes físicos conocidos.

Según la Wikipedia, la mayor parte de los científicos afirman que la telepatía no existe, que las personas no pueden leer la mente. E incluso los que sí creían en ella pensaban que solo unos pocos, muy pocos, tenían ese don.

Así fue como Olivia supo que era diferente. Pero no se lo dijo a nadie. Aunque era una niña pequeña, ya se había dado cuenta de que las personas diferentes suelen despertar recelo en los demás. Y no solo recelo, sino también temor. Cuando tenía ocho años, su mejor amiga era una compañera del colegio llamada Adela. Se sentaban juntas en clase, jugaban juntas durante los recreos, se hacían confidencias, los fines de semana se veían en el parque... Eran casi como hermanas.

Hasta que un día Olivia le contó a Adela su secreto. Ocurrió durante el recreo, mientras estaban en un rincón del patio charlando de sus cosas. Adela dijo:

—Cuando sea mayor, seré una persona importante. Una persona especial.

Remarcó mucho lo de «especial». Le encantaba esa palabra.

—¿Cómo que especial? —preguntó Olivia.

—Pues seré una actriz famosa, o una *top model*, o una *influencer*. Algo así, ya sabes.

Olivia se quedó pensando.

—Yo ya soy especial —dijo.

Adela se echó a reír.

—No eres especial —replicó.

—Sí que lo soy.

—De eso nada. Eres una niña normal y corriente.

—Soy una niña, pero hago cosas que los demás no pueden hacer.

—¿Ah, sí? —repuso Adela con aire retador—. ¿Qué, por ejemplo?

Olivia guardó silencio durante unos segundos.

—Vale, te lo diré —respondió—. Pero tienes que prometerme que no se lo contarás a nadie.

—Te lo prometo —dijo Adela en tono burlón.

—Puedo leer los pensamientos de la gente.

—¿Qué?

—Que puedo leer los pensamientos. Se llama telepatía. Soy telépata.

Adela volvió a reír, ahora a carcajadas.

—¡Eso es mentira! —exclamó.

—No lo es —replicó Olivia, muy seria—. Puedo hacerlo.

—¿Sí? Pues demuéstramelo.

—Vale. Piensa en algo.

Adela sonrió con suficiencia y se imaginó una bonita oveja.

—Estás pensando en una oveja —dijo Olivia.

La sonrisa se esfumó en los labios de Adela. Pensó en algo distinto: un paraguas.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Piensas en un paraguas. ¿Por qué, si no va a llover?

Adela retrocedió un paso. «*No puede ser; tiene que ser un truco*», pensó.

—No es ningún truco —replicó Olivia—. Ya te lo he dicho: puedo leer los pensamientos.

Boquiabierta, Adela contempló con temor a quien hasta entonces había sido su mejor amiga. «*Es una bruja...*», pensó.

—No soy ninguna bruja —protestó Olivia—. Soy telépata.

Adela soltó un gemido y, con los ojos llenos de lágrimas, echó a correr, aterrorizada.

* * *

Poco después, antes de que acabara el recreo, Matilde, una de las cuidadoras, llevó a las dos niñas a una de las salitas de reuniones para hablar con ellas.

—Escúchame bien, Adela —dijo—. La telepatía no existe; nadie puede leer los pensamientos.

—Ella sí —replicó Adela, señalando con un tembloroso dedo a Olivia—. Se ha metido en mi cabeza...

Matilde suspiró.

—A ver, Olivia; ¿tú le has dicho que eras telépata? —Olivia asintió—. Pues dile a Adela que es mentira, que era una broma.

Olivia tragó saliva y bajó la mirada.

—Era una broma —dijo en voz baja—. Lo siento.

—¡No, no! —protestó Adela—. ¡Se metió en mi cabeza!

Por mucho que lo intentó, Matilde no logró convencerla de lo contrario, así que al final zanjó el asunto diciendo:

—Basta de tonterías. Daos la mano y haced las paces.

Pero Adela se negó a darle la mano a su examiga; le daba demasiado miedo. De hecho, a partir de entonces, no solo no volvió a dirigirle la palabra, sino que además procuraba mantenerse siempre lejos de ella.

De ese modo, Olivia descubrió que su poder, si lo confesara, le provocaría terror a la gente. Y no era difícil comprender por qué. Las personas creen que solo ellas tienen acceso al interior de su cabeza; solo allí pueden ser ellas

mismas, sin fingimientos. De hecho, ahí, en su mente, las personas guardan sus secretos más íntimos, sus temores, sus esperanzas, sus fracasos, sus deseos y desengaños. Por eso, saber que alguien, aparte de ellas, tiene acceso a lo más privado de sí mismas las haría sentir vulnerables y les provocaría primero miedo y después odio.

Así que Olivia se juró que jamás le revelaría a nadie, bajo ninguna circunstancia, el secreto de su poder.

Al mismo tiempo, Olivia comenzó a sospechar que ella era la única persona del mundo dotada con esa habilidad. Lo que le hacía sentirse especial, pero también le provocaba cierta sensación de soledad.

Y así fue, hasta que conoció a Carlos.